

Ella

Autora

María Abella Vázquez

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2017

Autora

María Abella Vázquez

Asturias, 1999

El primer certamen literario que ganó fue el I Concurso de Cuentos y Microrrelatos sobre la Televisión y la Radio (Asturias, 2011). Desde entonces, ha conseguido sumar varios premios, destacan, el primer puesto en el XV Concurso Literario Tito Simón de El Romeral (Toledo, 2013), en el Concurso Literario Pedro Mato entre libros de Astorga (2014), en el XXIII Concurso Literario Valentín Andrés de Grado (2014), el accésit en el Concurso de Relatos Cortos Navactúa (2015), una posición como finalista en el XXI Concurso Nacional de Narración Joven El Cuentacuentos 2016 de Madrid (2016), un segundo premio en el Concurso de Relatos Cortos Río Órbigo de Veguellina (León, 2016).

En 2017 obtuvo, además del premio de Camargo, el primer premio en el I Certamen Joven de Relatos Cortos Tigre Juan, concurso en el que también fue accésit en la segunda edición y finalista en la tercera. A raíz de esto, apareció en las antologías La sombra del tigre 2018, La sombra del tigre 2019 (Editorial Pez de Plata) y La sombra del tigre 2019-2 (Trabe).. En 2018 publica su primer libro, Quimeras de tinta. En 2020 se hizo un hueco en la antología Mentes brillantes y oscuras de Hela Ediciones con su relato Vestigios de Elisa, y después, en 2021, en Crann Bethadh., de Ediciones Freya, con Voces de un adiós. Actualmente estudia el Doble Grado de Matemáticas y Física en la Universidad de Oviedo y el Grado de Psicología en la UNED. Sigue compaginándolo con la escritura, como ha hecho y hará siempre.

Su primera novela, Por ti la luna, se publicará en 2022 con Ediciones Freya.

ELLA

María Abella Vázquez

Nunca supe su nombre. Estudié cada detalle de su persona. Podría haber hablado durante horas de las curvas de su voz, de su forma de apartarse el pelo de los ojos, de sus pantalones cortos y sus camisetas de colores, de la marca blanca que dejaban sus dientes sobre su labio inferior cada vez que lo mordía en un deje de concentración difusa. Y, sin embargo, nunca supe su nombre.

La vi por primera vez una tarde densa de finales de primavera. Yo corría por el paseo que dibujaba el perfil de la playa, con la música tan alta que hacía ya rato que mis oídos habían perdido la consciencia. Y ahí estaba ella. Sentada sobre el muro, descalza, con los pies balanceándose en ese pequeño vacío entre el paseo y la arena suave. La acompañaban un perro con aires de artista, una mochila deshilachada y una libreta de anillas. El resto de la magia la ponía su presencia.

No sabía el motivo, pero a partir de ese día todos mis paseos me llevaron allí. Discutía conmigo mismo y siempre me ganaba; mis excusas eran demasiado buenas. Así que, invariablemente, regresaba a ese punto del muro donde sabía que estaría sentada.

Y la miraba.

Fingía leer en el banco más cercano o fotografiar la respiración del mar, pero era mentira.

Yo solo la miraba.

Era tan normal que resultaba extraordinaria. Tan fascinante, tan hipnótica, que a menudo me sorprendía a mí mismo buscando con la mirada al resto de transeúntes para descubrir, confundido, que nadie más reparaba en la presencia de esa joven.

Todos los días me repetía que ese era el momento. Que tenía que hablar con ella. No estaba bien observarla en silencio. No podía estarlo.

Pero entonces llegaba al paseo y la veía, sentada tan callada, tan en su mundo, mordiéndose el labio mientras escribía apasionadamente en su libreta de anillas, con su perro inmóvil a su lado y el sol apurando esos últimos minutos para derramar oleadas de luz dorada sobre sus rizos. Y ella alzaba la cabeza y guiñaba los ojos para atisbar el mar azul entre los rayos áuricos que se enganchaban a sus pecas claras y a su mirada de miel, y a mí se me morían las palabras justo entre los dientes.

Así pasaban las semanas. Cada día absorbía algo nuevo de ella. Cada día me perdía más en su imagen.

Una tarde la oí hablar por teléfono. Nunca pensé cuántos matices pueden encerrar las palabras hasta que la escuché, con su voz cambiante, fresca, revitalizante, toda inflexiones y cascadas, toda fluidez y abismos repentinos.

En otra ocasión, su perro trató de huir hacia la playa con su mochila. Ella intentó recuperarla, tironeando del objeto mientras regañaba sonriendo al cachorro, que persistió en su empeño hasta que la mochila se resbaló entre los dedos de su dueña para salir volando y aterrizar a mis pies.

El perro se aproximó a mí con un trote ligero, juguetón, y yo recogí la mochila de forma inconsciente. Inmediatamente después mi mundo se paró, porque entonces ella alzó la mirada y me vio. Por primera vez, me vio. Me miró con una sonrisa de disculpa, se acercó



a mí y le tendí la mochila sin pensar, perdido en sus ojos que, ahora que los tenía tan cerca, no eran color miel sino más bien ambarinos, con vetas claras y ribeteados de castaño. Unos ojos tan complejos, tan atrayentes como la persona que se escondía tras ellos.

—Gracias —me dijo, y yo asentí tragando saliva. Nunca había sido alguien con poca autoestima, pero me había hablado y sentía que nada más tenía importancia en el mundo. Que había sido condecorado con el más grande de los honores. El mundo entero podría haber ardido junto al horizonte que se quemaba con el contacto del sol y el agua al fondo, detrás de ella, y a mí me hubiera dado igual. Porque me había hablado, y el resto carecía de relevancia.

Supe entonces que así de inconsciente y absurdo es el pensamiento del enamorado.

Los días siguieron sucediéndose después de aquello.

El sábado de la semana siguiente llegué al paseo antes que ella, y me asusté. Comprobé siete veces la hora en mi reloj de pulsera antes de que apareciera, caminando apresurada con ese pequeño perro al que le debía la vida correteando detrás y la mochila sacudiéndose en su espalda. Cuando se sentó en su sitio de siempre y se apartó el pelo de las mejillas, lo vi: ahí, recortada contra un cielo casi morado, con la luz postrera de un día acabado resbalando por su piel, mi escritora del mar lloraba.

Quise entonces más que nunca acercarme. Sin decir nada. Solo acercarme y abrazarla. Secarle a besos las mejillas y prometerle que todo estaría bien, aunque fuera estúpido. Aunque fuera ridículo. Aunque fuésemos dos desconocidos en un paseo de la costa bajo las últimas caricias de un sol dormilón. Aunque yo no lo supiera todo de ella y ella no supiera nada de mí.

Pero rápidamente se secó las lágrimas por sí misma con el dorso de la mano, sacó su libreta de la mochila y empezó a escribir. Apretaba fuertemente los labios y el bolígrafo entre sus dedos. Garabateaba en el papel con ira, con decisión. Era una explosión de rabia tal que a ella se le olvidó apartarse de los ojos ese rizo rebelde que siempre escapaba de sus recogidos y a mí se me olvidó fingir que no la veía.

Era una descarga violenta, más apasionada que nunca, alocada, sin sentido, sin contención alguna. Era sobrecogedora la frustración, el dolor, la furia que emanaba.

Era arrebatadoramente hermosa.

Cuando se marchó esa tarde, para mi sorpresa, arrancó esas páginas de su libreta y las arrojó a la papelería para después irse sin mirar atrás. Esperé unos instantes, dudoso, pero al final la curiosidad fue más fuerte y rescaté los papeles del cubo. Sintiéndome un ladrón de almas, los metí en el fondo del bolsillo de mi cazadora y eché a correr hacia mi casa sin soltarlos un solo segundo.

Esa noche Morfeo me perdonó mi descaro al cambiar las debidas horas de sueño por una velada empapado en palabras. Con su letra redondeada y agitada por miles de turbaciones interiores, ella me mostró un mundo nuevo. Descubrí que me gustaba la poesía y sobre todo la suya, que el dolor sabía tan amargo como el miedo pero sonaba tan dulce como la ilusión, que se podía amar y odiar sin dejar de vivir y que las pasiones te empujan con tanta prisa que a veces no sabes si vas en la dirección correcta.

Cuando el amanecer se desparramó desde la ventana de mi cuarto, tomé la decisión definitiva e irrevocable de hablarle.

Sentía que, de alguna forma, había robado un pedacito de su esencia al leer esas páginas. Necesitaba conocer más y mejor a esa persona que me había obnubilado por completo durante meses. Quería ir más allá y aprenderlo todo de la chica real sobre la cual mi mente había dibujado una figura ideal.

Deseaba saber su nombre.

Las horas se me antojaron insufriblemente lentas ese día, y cuando al fin la tarde se arrastró hacia la playa yo la perseguí calle abajo en dirección al paseo.

El viento que cerraba ese último domingo de septiembre barría la poca luz que aún quedaba sobre la arena. El mar inspiraba profundamente con calma y me devolvía brisas saladas con olor a tristeza.

No había nadie escribiendo sobre el muro. Nadie sentado con los pies descalzos suspendidos sobre la playa. Nadie proyectado contra el cielo violeta.

No había nadie.

Y, por ello, nunca supe su nombre.

Estudié cada detalle de su persona. Podría haber hablado durante horas de las pecas que cubrían el puente de su nariz, del tarareo inconsciente que escapaba entre sus labios cuando se sumergía en sus escritos, de la locura del amor que me enfermó desde el momento en que la vi por primera vez. Y, sin embargo, nunca supe su nombre.

Todavía regreso al paseo de vez en cuando, creyendo a veces que la veo sonreír como un guiño de luminosidad despuntando sobre el muro al atardecer.

Pero ella no regresó jamás.